

Ilustración que apareció en la última página de la primera edición de *Pedro Páramo* (FCE, 1955)
Ilustración: Ricardo Martínez

Juan Rulfo: El arte como mentira

Francisco J. Montes de Oca H.

Departamento de Teoría y Análisis

Al parecer es creencia general pensar que el arte no dice verdad acerca de lo que narra en sus diversas modalidades: la poesía, la literatura, la pintura, otras manifestaciones. Hesíodo, el poeta griego, en su *Teogonía*, en los siglos VII-VIII a. e. c, comentó que las musas inspiradoras de las artes le mencionaron lo siguiente: ellas sabían decir muchas mentiras, pero también, cuando querían, decían verdades.

Pablo Picasso, en el siglo XX, refería que es conocimiento de todos que el arte no es verdad. Es una mentira que nos hace ver la verdad, al menos aquella que nos es dado comprender. El artista debe saber el modo de convencer a los demás de la verdad de sus mentiras.

En el caso que nos ocupa, el literato Juan Rulfo, autor de *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*, solía también hacer este tipo de afirmaciones. Así decía Rulfo:

Es que en realidad nunca he usado ni en los cuentos ni en *Pedro Páramo* nada autobiográfico. No hay páginas allí que tengan que ver con mi persona ni con mi familia. No utilizo la autobiografía directa. No es porque yo tenga algo en contra de ese modo novelístico. Es simplemente porque los personajes conocidos no me dan la realidad que necesito, y que me dan los personajes imaginados.¹

Aún con esta afirmación, y más tratándose de manifestaciones artísticas, creemos que en la obra de Juan Rulfo sí se encuentran ciertos aspectos autobiográficos en su obra, así como sucede en otros artistas. Tema que tratará este artículo. Rulfo solía jugar con la mentira o al menos con esta palabra. Gustaba de hacer invenciones verbales no sólo en su escritura literaria, sino también en su vida real. Ante el público inventaba o ante algún periodista entrevistador: cuando se decidía a hablar, mentía o jugaba con la mentira. El mentir era algo así como su costado vivo, como un ser que se desdobra, con doble alma, como decir soy yo pero también soy otro.

Se guardaba, por ejemplo, de precisar dónde había nacido, ni siquiera el año de su nacimiento señaló; dejó que se imprimiera una fecha que no era la cierta, dejó creer que había nacido en 1918. Modificaba los lugares de su nacimiento, daba nombres de lugares distintos a los periodistas e investigadores que querían saber de su vida y de su obra, y ellos tomaban al

pie de la letra lo que él les decía; a otros les mencionaba otra cosa. A unos les comentaba que había nacido en Sayula, a otros que en Tuxcacuesco; a varios que en Zapotlán o en Autlán, que estaba mejor pero que no tenía tranvía. También contó que había nacido en San Gabriel en donde había una iglesia que le parecía graciosa, probablemente porque se enteró que ahí se habían casado sus padres, por ello, el cariño a ese pueblo.

En realidad, dijo Juan Rulfo lo siguiente: "yo me considero de allí"; allí pasó los años de su infancia.

San Gabriel sale de la niebla húmedo de rocío. Las nubes de la noche durmieron sobre el pueblo buscando el calor de la gente. Ahora está por salir el sol y la niebla se levanta despacio, enrollando su sábana, dejando hebras blancas encima de los tejados. Un vapor gris, apenas visible sube de los árboles y de la tierra mojada atraído por las nubes; pero se desvanece en seguida. Y detrás de él aparece el humo negro de las cocinas, oloroso a encino quemado, cubriendo el cielo de cenizas.

Allá lejos los cerros están todavía en sombras.

Una golondrina cruzó las calles y luego sonó el primer toque del alba.

Las luces se apagaron. Entonces una mancha como de tierra envolvió al pueblo, que siguió roncando un poco más, adormecido por el calor del amanecer.²

Su fama de cuentero mentiroso trascendió hasta los parientes de su pueblo.

¹ Joseph Sommers, *Los muertos no tienen tiempo ni espacio*. Publicado originalmente en Siempre! La cultura en México, núm 1051 (15-VII-1973), pp. VI-VII. (Juan Rulfo respondió por escrito a esta entrevista), *La narrativa de Juan Rulfo. Interpretaciones críticas*, SEP-SETENTAS 164, México, 1974, p. 20.

² Juan Rulfo, "En la madrugada", En *El llano en llamas*. Tezontle-FCE, México, 1980, p. 57.

El mismo J. Rulfo aclaró que cuando los maestros investigadores de su obra, de su vida, platicaban con sus paisanos, éstos les dijeron: "que yo era un mentiroso, que no conocían a nadie que tuviera esos nombres y que nada de lo que había contado había pasado en sus pueblos".³ Exasperaba a sus biógrafos, como si quisiera burlarse de ellos. Su vida la llenó con una gran cantidad de imprecisiones, difícilmente proporcionaba datos correctos, hacía creer que daba una primicia o contar algo diferente de lo que solía contar, pero enseguida se replegaba, se volvía escurridizo, afirmaba y desmentía.

Así era la cosa: las mentiras de Rulfo no le impidieron decir la verdad. No era mentiroso más bien, metamorfoseaba la verdad, que a veces la transformaba en lo contrario del hecho real. No imitaba, creaba. Rulfo fabula, cuenta, inventa y trastoca la realidad, pero no engañando, sino mintiendo, cambiando la realidad, que no es lo mismo. El mismo Rulfo señalaba que: "hay una diferencia entre la mentira y la falsedad. Cuando se falsean los hechos, se nota inmediatamente lo artificioso de la situación. En cambio, cuando se están contando mentiras, se está recreando la realidad a base de mentiras. Se reinventa y naturalmente se están diciendo mentiras."⁴

En la literatura, al escribir una novela o un cuento, recrear la realidad era la cuestión esencial para Juan Rulfo, es decir, cuando hace arte, cuando escribe litera-

tura. Crear no es la reproducción de los hechos, no es mimetizar la realidad, se trata más bien de recrearla. "En esta cuestión de la creación [dice Rulfo] es fundamental pensar en qué sabe uno, qué mentiras va a decir, pensar en que si uno entra en la verdad, en la realidad de las cosas conocidas, en lo que uno ha visto u oído, está haciendo historia, reportaje...

Para mí lo principal es la imaginación, la imaginación circulando; la imaginación es infinita, no tiene límites, y hay que romper donde se cierra el círculo; hay una puerta, puede haber una puerta de escape y por esa puerta hay que desembocar, hay que irse... Concretando, se trabaja con imaginación, intuición y una aparente verdad."⁵

Como apunté, Rulfo negó persistentemente la confluencia de elementos autobiográficos en su obra. Defendió su vida íntima pasada y presente, tanto que resultaría difícil reconstruir una biografía definitiva de nuestro autor; sin embargo, la relación entre su obra literaria y su vida establecen lazos difícilmente separables. Como dice Federico Campbell: "Nunca como en el caso personal de Rulfo el hecho biográfico tuvo una imbricación tan entrañable con la obra de creación imaginativa [...] En la personalidad literaria de Juan Rulfo no se sabía bien a bien qué era lo más importante: si la obra o la vida del escritor. La suya es una instancia en la que la trayectoria biográfica —esa dilatada hipóbole que nunca se queda a medio camino, que siempre concluye: tarde o



Apareció en la revista *América* núm. 64, de 1950 ilustrando el cuento *El Llano en llamas*

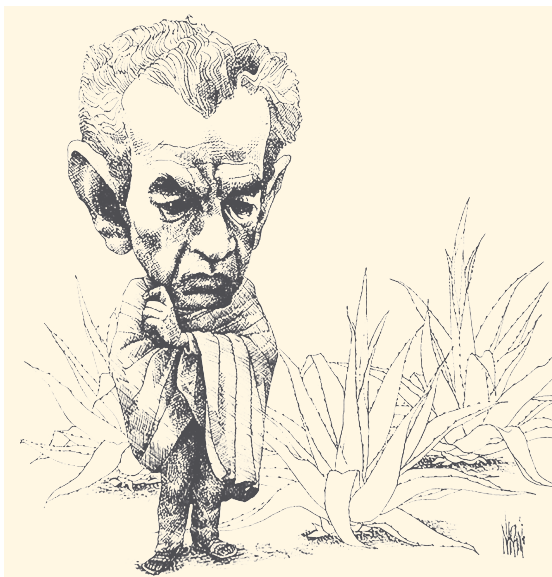
Ilustración: Jesús Ortiz T.

³ Juan Rulfo, *El Desafío de la creación*, Revista de la Universidad de México, Vol. XXXV, núm. 2-3, octubre-noviembre de 1980, p. 15.

⁴ Juan González E, "Entrevista con Juan Rulfo", *Revista de Occidente*, núm. 9, Madrid, 1981, p. 111.

⁵ Juan Rulfo, *El Desafío de la creación*, pp. 15-16

⁶ Federico Campbell, "La insinuación rulfiana", en *La ficción de la memoria. Juan Rulfo ante la crítica*, UNAM-ERA, México, 2003, p. 510



Del libro *Alarmas y distracciones* de Rogelio Naranjo.
Edición del autor, 1973
Ilustración: Rogelio Naranjo

temprano— tiene una leyenda más allá de su incandescente invención artística”.⁶

¿Por qué uno cambia los hechos verdaderos de nuestra vida? Es decir, ¿por qué se miente?, ¿por qué uno miente respecto a su vida? Muchas veces la verdad es inasequible: la verdad de nuestra vida se escapa, huye; otras veces es peligrosa o la mayor de las veces se torna incómoda. Puesta así la verdad, mejor no conocerla y mucho menos exponerla ante los demás, a los otros, a menos que se diga con una mediación que la modifique, que la transforme o que la envuelva en un velo que la medio oculte, aunque sea un poco. Es que a veces la verdad intranquiliza, amenaza, es capaz de derrumbar una imagen construida con cierto esmero de uno mismo, para uno mismo y para los demás a través de mucho tiempo. Existen fantasmas, lados oscuros, zonas negras en uno que no gustan, que incomodan o son dolorosas. En Rulfo, hay esos fantasmas, esos aspectos de la vida, de su vida que seguramente resultaron incómodos o dolorosos

y que no se quieren dar a los demás, como en todos nosotros también existen.

Me parece que para Rulfo resultaba mejor procesarlos, transformarlos, convertirlos en ficción, hacerlos mentira. En el proceso de su memoria, ésta reconstruye imaginativamente, modifica, metamorfosea la realidad recordada. Dice Rulfo: “Conservé intacto en la memoria el medio en que vivía. La atmósfera en que se desarrolló en mi infancia, el aire, la luz, el color del cielo, el sabor de la tierra [...] lo que la memoria me devuelve son esas sensaciones, no me devuelve hechos”.⁷

Al respecto, comentaba:

Mi pueblo, levantado sobre la llanura.
Lleno de árboles y de hojas, como una
alcancía donde hemos guardado nues-
tros recuerdos. El lugar que yo quise.
Donde los sueños me enflaquecieron.
Allá hallarás mi querencia. Sentirás
que allí uno quisiera vivir para la eter-
nidad. El amanecer; la mañana; el me-
diodía y la noche, siempre los mismos;
pero con la diferencia del aire. Allí don-
de el aire cambia el color de las cosas;
donde se ventila la vida como si fuera
un murmullo; como si fuera un puro
murmulo de vida...⁸

“Las voces que Rulfo escuchó de niño [dice F. Campbell] retornaron transfiguradas en el adulto que sabía escuchar cantos gregorianos, misas *requiems* y se fundieron en su metabolismo literario”.⁹ La situación histórica que Rulfo vivió, desde la percepción de sus 10 años, quedó marcada para



⁷ Fernando Benítez, “Conversaciones con Juan Rulfo”, *Sábado*, Suplemento 142 del Uno Más Uno, 26 de julio de 1980, p. 3-4

⁸ Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, Tezontle-F.C.E., México, 1980, p. 74

⁹ Federico Campbell, *op. cit.*, p. 512.

siempre en su memoria. Sus recuerdos, elaborados por su experiencia, a partir de crímenes, de horrores de la guerra cristera, de historias de sobresaltos, de soledad, de murmullos del ambiente natural donde vivió, surgen de ese periodo que fue decisivo en su vida y en su obra.

Acerca de su niñez, Rulfo expresa lo siguiente:

Yo tuve una infancia muy dura, muy difícil, una familia que se desintegró muy fácilmente en un lugar que fue totalmente destruido. Desde mi padre y mi madre, inclusive todos los hermanos de mi padre fueron asesinados. Entonces viví en una zona de devastación. No sólo devastación humana, sino devastación geográfica. Nunca encontré ni he encontrado hasta la fecha, la lógica de todo esto. No se puede atribuir a la Revolución. Fue más bien una cosa atávica, una cosa de destino, una cosa ilógica. Hasta hoy no he encontrado el punto de apoyo que me demuestre por qué en esta familia mía sucedieron en esa forma, y tan sistemáticamente, esa serie de asesinatos y crueldades.¹⁰

En varias ocasiones, Rulfo mencionó el hecho de la muerte de su padre, pero siempre de manera tangencial. Mantuvo la versión de que lo habían matado por la espalda cuando tenía 33 años. Unas veces dijo que le habían disparado cuando huía, sin especificar quién o por qué; otras que su padre había sido asaltado por gavilleros que querían robarle el dinero que llevaba en las alforjas que colgaban del caballo. En *Pedro Páramo* me parece encontrar cierta coincidencia en hechos que desmien-



¹⁰Joseph Sommers, *op.cit.*, p. VI-VII

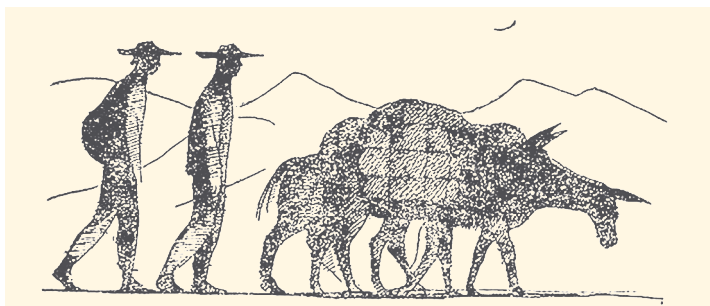


Ilustración de la primera página de la primera edición de *Pedro Páramo* (FCE, 1955)

Ilustración: Ricardo Martínez

ten la afirmación de Rulfo que en su obra literaria no hay nada autobiográfico:

Vino hasta su memoria la muerte de su padre, también en un amanecer como éste; aunque en aquel entonces la puerta estaba abierta y traslucía el color gris de un cielo hecho de ceniza. Triste como fue entonces. Y a una mujer conteniendo el llanto, recostada contra la puerta [...] nunca quiso revivir ese recuerdo porque le traía otros como si rompiera un costal repleto y luego quisiera retener el grano. La muerte de su padre que arrastró otras muertes y en cada una de ellas estaba siempre la imagen de la cara despedazada...¹¹

En una conversación con Fernando Benítez, Rulfo le dice al autor de *Los demonios en un convento*: "La muerte de mi padre la viví violentamente. Me tomó de sorpresa, no me dio tiempo de reflexionar. Cómo decir de una manera más clara... fue un choque, una experiencia muy traumática..."¹² En el texto *Mi padre*, que más que un texto de creación literaria, parece autobiográfico, narra lo siguiente:



¹¹Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, Tezontle-FCE, México, 1980, p. 85

¹²Fernando Benítez, *op.cit.*, pp. 3-4.

Mi padre fue un hombre bueno.

Vivió en esa época en que todo era malo. En que no se podían hacer planes para el mañana, pues el mañana era incierto y el hoy no terminaba todavía. Los tiempos eran malos: no se veía el cielo ni la tierra; ni si había sol o si el viento venía del norte o del sur.

Todo era malo para el mundo. Pero mi padre era bueno y creía en la vida.

Lo mataron un amanecer, pero él no se dio cuenta cuándo murió ni por qué murió. Lo mataron y para él se acabó la vida. Siguió existiendo para los demás y poco a poco se fue tranquilizando el mundo renovándose hasta que el agua de la lluvia era visible, distraía a los hombres y les devolvía la conciencia de la esperanza.

Mi padre murió un amanecer oscuro, sin esplendor alguno, entre tinieblas. Lo amortajaron como si hubiera sido cualquier hombre y lo enterraron bajo la tierra como se hace con todos los hombres.

Nos dijeron: —su padre ha muerto, en esa hora de despertar, cuando no duelen las cosas; cuando nacen los niños, cuando matan a los condenados a muerte. En esa hora del sueño, cuando uno está a mitad del sueño dentro de los sueños inútiles, pero llevaderos fatales pero necesarios.

—Su padre ha muerto.

Yo soñaba que tenía un venado en mis brazos. Un venado dormido, pequeño como un pájaro sin alas; tibio como un corazón quieto y palpitante, pero adormecido.

—Se le acabó la vida.¹³



¹³ Juan Rulfo, "Mi Padre", *La Jornada*, 6 de enero, México, 1987, p. 16.

Cuando Juan Rulfo y su hermano Severiano estaban internados en el orfanato de Guadalajara murió su madre y no pudieron llegar al entierro. Era una mujer joven inclinada a la tristeza, introvertida y muy vulnerable; vivía casi encerrada y sólo platicaba con la gente que le era cercana. Según comentan quienes la conocían: su ensimismamiento se debía, en parte, a la vida no muy feliz de su matrimonio. Murió de pronto, de un paro cardíaco, cuando tenía 30 años. Juan, en sus cartas la recuerda afable, platicadora, llena de bondad. Fue figura esencial de su infancia que se ausentó prematuramente.

"En cambio, [dice Rulfo] la muerte de mi madre me llegó de otra manera. Es natural... Sentí mucho la muerte de ambos, por supuesto. Pero a la hora de un balance honesto creo que lloré más a mi madre. Será porque entre una madre y un hijo existe siempre ese cordón umbilical que sigue protegiendo y alimentando, esa complicidad que ha veces dura toda la vida".¹⁴

En el texto de *Mi padre*:

un llanto suave, delgado, que quizá por delgado pudo traspasar la mañana del sueño, llegando hasta el lugar donde anidan los sobresaltos.

Se levantó despacio y vio la cara de una mujer recostada contra el marco de la puerta, oscurecida todavía por la noche, sollozando.

—¿Por qué lloras, mamá?

—Tu padre ha muerto.

Y luego, como si le hubieran soltado los resortes de su pena se dio vuelta sobre sí misma una y otra vez hasta que unas manos llegaron hasta sus hombros y lograron detener el rebullir de su cuerpo.



¹⁴ Fernando Benítez, *op.cit.*, pp. 3-4

Por la puerta se veía el amanecer en el cielo. No había estrellas. Sólo un cielo plomizo, gris, aún no aclarado por la luminosidad del sol. Una luz parda como si no fuera a comenzar el día, como si apenas estuviera llegando al principio de la noche.

Afuera en el patio, los pasos, como de gente que ronda. Ruidos callados. Y aquí, aquella mujer, de pie en el umbral; su cuerpo impidiendo la llegada del día; dejando asomar, a través de sus brazos, retazos de cielo, y debajo de sus pies regueros de luz: una luz asperjada como si el suelo debajo de ella estuviera anegado en lágrimas. Y después el sollozo. Otra vez el llanto suave pero agudo, y la pena haciendo retorcer su cuerpo.

—Han matado a tu madre.

¿Y a ti quién te mató, madre?¹⁵

En *Pedro Páramo* Juan Rulfo narra:

Mi madre murió entonces.

¿Te acuerdas... acomodaste las sillas a lo largo del corredor para que la gente que viniera a verla esperara su turno. Estuvieron vacías. Y mi madre sola, en medio de los cirios; su cara pálida y sus dientes blancos asomándose apenas entre sus labios morados, endurecidos por la amoratada muerte. Sus pestañas ya quietas; quieto ya su corazón. Tú y yo allí, rezando rezos interminables, sin que ella oyera nada, sin que tú y yo oyéramos nada. Todo perdido en la sonoridad del viento debajo de la noche. Planchaste su vestido negro, almidonando el cuello y el puño de sus mangas para que sus manos se vieran nuevas, cruzadas so-



¹⁵Juan Rulfo, "Mi Padre", pp. 32-33

bre su pecho muerto; su viejo pecho amoroso sobre el que dormí en un tiempo y me dio de comer y que palpité para arrullar mis sueños.

Nadie vino a verla. Así estuvo mejor. La muerte no se reparte como si fuera un bien. Nadie anda en busca de tristezas.¹⁶

Rulfo comentaba que "la infancia es la que más perdura en el hombre. Es decir... a mí, como a todo el mundo, la infancia se nos arraiga hasta el final. En mí todavía pesa mucho. Los recuerdos son los que me funcionan. No lo visto, sino el ambiente; esa tranquilidad, esa irresponsabilidad que se vive en la infancia... Estas apoyado en otras personas para vivir, tienes un apoyo económico. Esto te obliga a observar, a ver, a sentir. Y a lo largo de los años resurgen aquellas cosas, ¿no? Son recuerdos, en realidad".¹⁷

En otro texto se lee:

Pero yo no tuve una infancia muy feliz, que digamos [...] la libertad en la infancia eso sí, todos la sentimos, que aparenta ser libertad. Pero mi infancia fue muy violenta. Perdura, sin embargo, esa sensación de libertad porque en la infancia uno es muy irresponsable, no se da uno cuenta de las tragedias que suceden...

No creo que esa irresponsabilidad sea una felicidad. Simplemente hay una irresponsabilidad y eso no es necesariamente felicidad. Y es más, yo a la felicidad no la conozco, no la conocí, no sé que es, no sé que será. Alegría sí, la tuve, la tenemos todos... pero no



¹⁶Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, pp. 96-97.

¹⁷Armando Ponce, Juan Rulfo, "Mi generación no me comprendió", *Proceso*, México, 1981, p. 53.



Juan Rulfo

Ilustración: Rogelio Naranjo

traigo el sabor de la felicidad ni de la infancia, ni de la juventud...¹⁸

Porque la juventud se perdió para mí. Se borró de la memoria. Mi memoria puede ir lejos, puede volver a mis tres, cuatro años, pero no puede hacerme volver a la semana pasada.

Nunca escribí sobre la infancia. No. No creo que valga la pena. Hay quien hace eso bien. Yo, no. Sin embargo conservé intacto en la memoria el medio en que vivía. La atmósfera en que se desarrolló mi infancia, el aire, la luz, el color del cielo, el sabor de la tierra, eso yo mantuve... Quizá por eso seré tan arraigado a la tierra... la tierra fue fundamental en mi infancia...¹⁹

Sobre sus recuerdos comentaba que:

...Lo que la memoria me devuelve son esas sensaciones...esas sensaciones...



¹⁸ Erick Nepomuceno, *Conversaciones con un gigante silencioso*, *Sábado*, suplemento 241 del *Uno Más Uno*, 19 de julio de 1982, México, p. 1-3

¹⁹ Erick Nepomuceno, *op.cit.*, p. 1-3

la memoria no me devuelve hechos. Los hechos, yo los olvido. Por eso soy incapaz de escribir cosas autobiográficas... las experiencias con mis hermanos, con mi madre, mi abuela, mi padre... a mi padre lo recuerdo poco, porque casi nunca estaba, pasaba mucho tiempo en la hacienda, venía muy poquito a la casa, pero recuerdo cuando salíamos de mi pueblo, los tres hermanos, y nos fuimos a Guadalajara a estudiar.²⁰

En *Pedro Páramo*, Juan Rulfo dice:

Así, "vivimos en una tierra en que todo se da, gracias a la providencia; pero todo se da con acidez. Estamos condenados a eso... Allá en Comala he intentado sembrar uvas. No se dan. Sólo crecen arrayanes y naranjos agrios y arrayanes agrios. A mí se me ha olvidado el sabor de las cosas dulces."²¹

Rulfo...le tenía aprecio a aquella tierra; a esas lomas pelonas tan trabajadas y que todavía seguían aguantando el surco, dando cada vez más de sí...la querida Media Luna...y sus agregados: "Vente para acá, tierrita de en medio"²²

De su familia, recordaba lo siguiente:

La familia de mi padre, todos sus hermanos desaparecieron por completo. De eso todo lo que quedó fueron recuerdos amargos [...]tengo clara imagen de mi padre, aunque me acuerdo muy ligeramente de él [...] recuerdo más su figura: un hombre alto, muy alto [...]Pero la violencia no ocurrió sólo



²⁰ Erick Nepomuceno, *idem*, pp. 1-3

²¹ Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, pp. 91

²² Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, p. 74

en nuestra casa [...] no, esas cosas sucedían constantemente [...] Nunca más volví al pueblo, a San Gabriel. No, nunca más. Perdí la cuenta de los años, pero no volví nunca más. Ya no tenía nada que hacer allí [...] ya no tengo nada ahí..."²³

En otro texto Rulfo dice:

Me salí de Luvina y no he vuelto ni pienso regresar... San Juan Luvina. Me sonaba a nombre de cielo aquel nombre. Pero aquello es el purgatorio. Un lugar moribundo donde se han muerto hasta los perros y ya no hay ni quien le ladre al silencio; pues en cuanto uno se acostumbra al vendaval que allí sopla, no se oye el silencio que hay en todas las soledades. Y eso acaba con uno; míreme a mí. Conmigo acabó.²⁴

Como podemos observar, en Rulfo, lo que la memoria hace, es inventar, transformar, crear, mas que reproducir la realidad. Rescatando lo más esencial y significativo de lo que se vive como memoria, es experiencia machacada, fermentada, sumo que se salva del olvido, que es necesario macerar, perpetuarse en lo que se escribe, en la escritura mientras se rehace, mientras se macera rescatando lo más esencial y significativo de lo que se vive y se recuerda para poder alimentar la imaginación, la fabulación, la creación, la mentira que es la literatura.

El llano en llamas y *Pedro Páramo* son obras cargadas de mentira, de fabulación,



²³ Fernando Benitez, *op.cit.*, pp. 3-4

²⁴ Juan Rulfo, *El llano en llamas*, pp. 135-136

imaginación, creación, de vida y verdad. Un mundo de muertos lleno de vida, ¿por qué ese intenso recordar de tantas cosas?,

¿por qué escribir?, al respecto Juan Rulfo nos dice:



Grabado de la portada "¡Con espolón, contra la navaja libre!", 1904. José Guadalupe Posada

Ignoro la razón que me empuja a escribir. Simplemente siento la necesidad de hacerlo, como si quisiera comunicar algo que he vivido o que he creído vivir en sueños. Sólo sé que utilizo más la imaginación que los hechos reales, ya que considero que la realidad

tiene límites propios que la mantienen alejada del estilo literario. Y donde no recuerdo, pues, a ver qué le colgamos a la historia. Jugar con hechos ciertos y ficticios hasta saber si lo ficticio desvirtúa la historia o al revés. Yo tengo el palpito que la ficción va a ganar, por más real" [...] Ciertamente: "Es más dificultoso resucitar un muerto que dar la vida de nuevo." Pero —soy de chispa retardada— mi propósito no era hacer historia sino contar una historia, ésta: Decir, por ejemplo, yo viví en un pueblo que se llamó San Gabriel..."²⁵

Rulfo inventa y miente. Mentira y verdad se mezclan conviviendo de modo natural, conformando una realidad sobrenatural, mágica pero, al mismo tiempo creando una ficción creíble. En su escritura poética pareciera que no quiere comunicarse por eso es que su escritura es profunda y cala hondo en nosotros y nos pone en terrenos nuestros para reflexionar y entender quiénes somos y cómo somos.



²⁵ Reina Roffe, *Autobiografía armada*, Corregidor, Buenos Aires, 1973, pp. 86-87.